

UNA REFLEXIÓN AMBIVALENTE SOBRE EUROPA

Vicente Pedraza Muriel

Discurso pronunciado en el Acto de Apertura de Curso de la Real Academia de Medicina y Cirugía del Distrito de Granada (Andalucía Oriental). 28 de Enero de 2011. Granada.

INTRODUCCIÓN

En la Carta Magna de las Universidades Europeas (Bolonia, 18.09.88) se afirma que “la investigación, la enseñanza de las profesiones y la formación cultural son los principales objetivos de la Universidad y la búsqueda del equilibrio entre ellos una de sus funciones más importantes”. En coincidencia con ello, he escrito en alguna ocasión que, en el ejercicio de la Medicina, la cultura, es decir, el conocimiento de los principios, los valores, la filosofía y las corrientes de pensamiento dominantes en una sociedad y época histórica determinadas -ese conjunto de saberes no utilitarios ni pragmáticos que, según Bertrand Russell, resultan esenciales para la comprensión de la naturaleza y el destino del hombre- constituye el alimento espiritual que proporciona a los médicos la dosis de altruismo necesaria para mantener en pie la tradición humanitaria de la medicina y ayudar a los que lo necesitan. Difícil tarea la nuestra. La medicina, antes que una ciencia, es una profesión al servicio del hombre -de su dignidad y de su libertad- que hemos de realizar, por lo general, en un medio hostil regido por criterios cuantitativos, económicos y políticos, muy alejado de lo personal. Para ser buen médico no basta con una formación científica y clínica sólida. Hay que conocer y asumir el significado del humanismo y tener una clara noción de la trascendencia. Y el problema que hemos de afrontar hoy los médicos es que, en la sociedad europea actual, el sentido de lo trascendente se ha perdido y los valores que nos sirvieron a muchos para orientar nuestro quehacer y encarrilar nuestra vida han desaparecido del ámbito público y se han refugiado, tal vez, en el interior de nosotros mismos o en la fraternidad de nuestras relaciones con los demás. En estas circunstancias, si se volatiliza definitivamente lo poco que queda de Europa ¿qué pasará con la medicina? y ¿qué pasará con nosotros? De los orígenes, la historia, la cultura y la situación actual de Europa es de lo que trata esta lección, que he preparado con la esperanza de que mis palabras contribuyan a mejorar su conocimiento, recuperar la esperanza en su futuro y conservar la fe en los ideales que nos han traído hasta aquí. Por otra parte, ¿qué mejor sitio para hablar sobre filosofía, historia, cultura y valores que esta Real Academia?

LOS ORÍGENES DE EUROPA

Hace unos años, en el Foro Egmont de Bruselas, que reúne anualmente a intelectuales, políticos, profesores, periodistas y empresarios de diferentes países para discutir los problemas más acuciantes de la Europa actual, dos de cada tres intervinientes sacaron a colación una cita de Jean Monnet según la cuál el ilustre pensador habría dicho al final de su vida que si tuviera que emprender de nuevo el proceso de unificación europea, en lugar de empezar por la economía, lo habría hecho por la cultura. Por otra parte, hace ya algún tiempo también, en el curso de una visita

oficial al Reino Unido, Nikita Jruschov, secretario general del PCUS, preguntó a Harold Macmillan, primer ministro británico entonces, en qué creía realmente Occidente. Macmillan le contestó con brevedad: en el cristianismo. Cuando, al iniciar la redacción del presente discurso me puse a pensar en Europa me encontré en una situación semejante a la que aquellos que, como dice Rousseau, al empezar a escribir una carta de amor no saben lo que han de decir y cuando la terminan no saben lo que han dicho. Monnet y Macmillan vinieron, sin embargo, pronto en mi ayuda. El humanismo cristiano y la cultura son, probablemente, los dos elementos fundamentales de la argamasa que ha fraguado, tras veinte siglos de evolución, en la Europa actual. Pero, ¿qué es Europa? ¿qué significado tiene lo europeo en el tiempo presente?.

Geográficamente, dicen algunos autores, Europa no es más que un apéndice de Asia y su origen como realidad histórico-cultural no se entiende sin la Grecia antigua. A favor de esta interpretación están la razón, la democracia y el espíritu de libertad, principios que, asociados sistemáticamente con la idea de Europa, nacieron entre los griegos. También allí nació su nombre. Dice la leyenda que Europa era una hermosa joven, descendiente de Poseidón y Libia, una de las ninfas Oceánidas que, acompañando a la concha de su madre Tetis, vivían en las profundidades inaccesibles del mar y del Océano, su padre. Entre los muchos mitos que hacen referencia a Europa, el más conocido es el que la describe como hija de Agenor, rey de Sidón. Un día, mientras jugaba en la playa con sus amigas, Europa fue raptada por Zeus convertido en un toro blanco con cuernos dorados y llevada a Creta. En recuerdo de la joven fenicia que, sin desearlo, llegó a un lugar para ella ignoto, los antiguos pusieron el nombre de Europa, primero a la Grecia continental y posteriormente a la parte del mundo conocido entonces situado a poniente de la misma. Esta designación se ha considerado siempre como enigmática.

El privilegio de pertenecer a una cultura considerada como paradigma de la vida humana no impidió, sin embargo que, a partir de un cierto momento, la idea de una cultura propia enraizase en nuestros antepasados. En efecto, la aparición en el siglo IV d. C. del término “modernus” fue crucial, según Sotelo, para distinguir culturalmente a Europa de la antigüedad clásica. Moderno es un adjetivo que lleva implícita consigo la noción de discontinuidad. Pues bien, la ruptura europea con la continuidad histórica, que coincidió en el tiempo con la expansión del cristianismo, y la consolidación posterior de éste como religión oficial del Imperio, permitieron diferenciar el mundo pagano del mundo cristiano, lo antiguo de lo moderno. En la historia de Europa, la primera modernidad, médula de todas las ulteriores, se debe al cristianismo. Las siguientes fueron la modernidad carolingia, el Renacimiento y la Ilustración.

El inicio del proceso de desarrollo de una cultura específicamente europea se produjo, tras la caída del Imperio Romano de Occidente, en el año 476 y coincidió en el tiempo con el comienzo de la Edad Media. Más tarde, al final del 800, la coronación de Carlomagno como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico consolidó dicho

proceso. Europa, en sus orígenes y durante siglos se confundió con el cristianismo hasta el punto de que, al final del primer milenio, los espacios geográficos que ocupaban la Cristiandad y Europa eran idénticos. Tres observaciones derivan, a mi juicio, de ello: i) existen países plenamente europeos hoy que no lo fueron desde el principio (España, por ejemplo, fue antes que europea romana y musulmana); ii) lo que en la actualidad llamamos Occidente es consecuencia de la expansión a otras latitudes geográficas (América del Norte, esencialmente) de la cultura y la religión europeas; iii) la idea de Europa no se entiende sin el hecho cristiano en el que hunde sus raíces culturales, espirituales y morales. Se dice, por ello, que el cristianismo es el punto de partida de Europa, aunque no el de llegada y, desde luego, no el actual.

EL CRISTIANISMO EN LA EUROPA ACTUAL

Efectivamente, aunque lo cristiano y lo europeo coincidieron en el origen, la situación es muy distinta hoy. Europa es en la actualidad un continente fundamentalmente agnóstico, el único continente ateo del planeta. Los síntomas de enfermedad son característicos: las velas se extinguen, los confesionarios no se utilizan, la familia está en crisis, el matrimonio desvirtuado, los divorcios en ascenso, las tasas de natalidad bajo mínimos, el aborto generalizado, las iglesias católicas mucho menos llenas que antes y los templos protestantes de numerosos países prácticamente vacíos. La razón moral de una cultura que ha legado al mundo la idea misma de “razón moral” se ha desmoronado. Europa se ha transformado de un tiempo a esta parte en una comunidad incrédula que reniega de sí misma y de su propia historia. Sin embargo, los europeos que menosprecian el cristianismo deberían ser conscientes de que: 1) con alguna excepción, la democracia sólo existe en países de tradición judeo-cristiana; 2) los valores éticos que definen esta tradición son el único dique de contención contra el avance de la intolerancia y el fanatismo que amenazan hoy a la sociedad occidental.

Si las cosas no cambian, pronto se habrá producido en Europa lo que Glucksman denomina la “tercera muerte de Dios”. La primera ocurrió en Judea hace dos mil años. La segunda se produjo en el siglo XIX, en los libros de Marx y Nietzche, a lomos del materialismo dialéctico y del nihilismo. La tercera está teniendo lugar ahora en la psique del “homo sapiens” europeo por vía del relativismo y la secularización. El hombre actual, confiado en su autonomía, ha estimado que la libertad solo existe si se puede elegir sin ninguna restricción y considerando que el orden moral, que tiene su origen en Dios, es una amenaza, cuando no un obstáculo, para el desarrollo de su proyecto personal ha decidido vivir como si Aquel no existiese. Dostoievski predijo esta situación en la última de sus novelas, “Los hermanos Karamazov”. “Si no se cree que el espíritu es inmortal, si no hay nada imperecedero, si todo es temporal y relativo, no existe razón alguna para vetar ninguna conducta, todo está permitido, incluso la antropofagia”, afirmó el gran escritor ruso.

Así lo entendieron los estudiantes franceses de mayo de 1968 con la difusión de su conocido lema “prohibido prohibir”, expresión terminante y precisa del rechazo a

toda forma de limitación de la libertad. Leyendo a Clausewitz, el teórico de la guerra, Lenin descubrió un día que las relaciones de fe son más poderosas que las relaciones de fuerza debido a que cuando las ideas se apoderan de las masas es imposible oponerse a ellas. Este fenómeno, al que Sotelo denomina la “astucia de la razón”, es el que, al precio de conflictos interminables, hizo triunfar a Grecia sobre Persia, a Roma sobre Grecia, al cristianismo sobre Roma, al modernismo sobre la Edad Media y el que hará prevalecer la post-modernidad sobre la Ilustración. Jaspers ha señalado con acierto las dos características clave de la post-modernidad: el ateísmo por un lado y la técnica por otro. Sometidos a esta doble presión, los europeos de hoy hemos de ser consecuentes. La post-modernidad supone la eliminación de los valores cristianos y la noción de que los principios morales no tienen más fundamento que la voluntad de cada uno. Es aceptar la muerte de Dios con todas sus consecuencias. Un nuevo rapto de Europa. Jaque mate.

EI IMPERIO, LA IGLESIA Y LOS ESTADOS

Para muchos autores, el meollo original de la Europa actual está representado por el Imperio Carolingio. Alcuino, consejero de Carlomagno, sostuvo en su tiempo que el Imperio Carolingio, la Cristiandad y Europa eran términos intercambiables. Entre los siglos IX al XV, Europa se encontraba dividida en dos sociedades bien organizadas, una espiritual, la Iglesia, a la cabeza de la cuál estaba el Papa, y otra, política, presidida por el Emperador. Ambas tuvieron su centro en Roma y las dos se caracterizaron por un fuerte hegemonismo. La larga contienda y continuas luchas sostenidas entre ellas condujeron a su debilitamiento. El poder papal fue limitado inicialmente por Francia, en 1376, con el cisma de Avignon. Posteriormente, la Reforma, asestó el golpe definitivo a la aspiración universal de la Iglesia y promovió, junto con el Renacimiento, la división de Europa en Estados nacionales independientes entre sí. El derecho de los Estados a su propia soberanía y el equilibrio de poder entre ellos constituyen, según Leibniz, los principios fundacionales de la Europa moderna, epicentro de la cuál fué Francia. Este hecho explica por qué las vicisitudes de la historia francesa (el Absolutismo, la Revolución, el Terror, la Comuna, Napoleón, la República) han ejercido siempre sobre Europa una gran influencia.

La interacción entre corrientes centrípetas, encaminadas hacia la unión, y corrientes centrífugas, orientadas hacia la diversidad, ha sido una constante característica de Europa a lo largo del tiempo. Entre las primeras se encuentran el racionalismo, los derechos humanos y la democracia. Entre las segundas destacan el nacionalismo y la religión. La primera gran división de Europa separó, en 1054, la Europa Occidental (cristiana) de la Oriental (ortodoxa). La segunda se produjo, en el siglo XVI, en Europa Occidental entre el Norte, reformista y puritano, y el Sur, católico y barroco. Las fronteras establecidas entonces, aunque invisibles, subsisten todavía. Por otra parte, Europa ha respondido siempre de forma unitaria ante situaciones de peligro. En efecto, desde 1453 (fecha de la caída de Constantinopla) hasta 1683 (fecha del segundo cerco a Viena), la amenaza que supuso la llegada de los turcos al corazón de

Europa condujo a su unión y el propio proceso de integración europea, iniciado en 1956 bajo el impulso de Jean Monnet y Robert Schuman, se debió en buena parte al miedo al comunismo. En otras ocasiones, se han producido intentos, no de unidad, sino de unificación bajo la férula de los Estados más fuertes. Ejemplo de ello fueron las guerras napoleónicas y la política expansiva del III Reich. Del nacionalismo, ¿qué puedo decir? Elemento fundamental de la conciencia europea, se convirtió pronto en una ideología intolerante y maligna, responsable del estado de guerra permanente en el que estuvo sumida Europa durante siglos y que ahora, en el Medio Oriente y otros lugares del mundo, ha vuelto a desencadenar la barbarie.

Una nueva situación de inseguridad se cierne hoy sobre Europa. El peligro que la amenaza no es bélico sino económico. En los últimos años, una vez desaparecida la Unión Soviética y unificada Alemania, Europa se ha ampliado hacia el Este, ha acuñado una moneda única y ha creado instituciones políticas y financieras propias pero, bruscamente, su economía se ha desplomado. Algunas naciones, las vinculadas sobre todo a la ética protestante -donde el esfuerzo, el trabajo bien hecho y la libertad de mercado son principios sagrados- han resuelto bien sus problemas. Por el contrario, otros países menos disciplinados, España entre ellos, regidos por gobiernos populistas poco o nada inclinados a la austeridad y el rigor calvinistas, irán a la bancarrota si los primeros no les ayudan.

Luces y sombras, una parte oscura y otra clara, así es la historia de Europa. En Italia, por ejemplo, en el tiempo de los Borgia, las algaradas, las tropelías y los enfrentamientos fueron permanentes pero durante su época de gobierno florecieron, con el Renacimiento, las artes y las ciencias y emergieron las figuras universales de Leonardo da Vinci y Miguel Ángel, entre otras. Para George Steiner, el gran humanista europeo actual, constituye un motivo de especial preocupación la supervivencia en nuestros días de lo que él mismo llama la pesadilla de la historia europea: los odios étnicos, la exaltación nacionalista, los regionalismos desaforados e intransigentes, la reaparición, solapada unas veces y explícita otras, del antisemitismo y la uniformidad cultural derivada de la globalización. No es la censura lo que destruye la cultura -dice Steiner- sino la degradación asociada con el consumo masivo de productos pseudo-culturales.

Vargas Llosa no comparte, sin embargo, el pesimismo de Steiner. Europa, dice el Nóbel hispano-peruano, es en el mundo de hoy el único gran proyecto internacionalista y democrático en marcha. Lo que comenzó, hace 54 años, como un mercado común del carbón y del acero (en el que participaron sólo seis países) es hoy una mancomunidad de veintisiete naciones que ha comenzado a eliminar barreras, integrar mercados, armonizar instituciones y estudios y adoptar políticas comunes en los órdenes defensivo, económico, científico, académico, tecnológico y cultural. En el marco de esta permanente ambivalencia, ¿es Europa algo más que un conjunto de Estados?, ¿cuáles son las señas de identidad europeas?

LOS CAFÉS Y LA CULTURA EUROPEA

Europa está compuesta de cafés. Desde los cafés de Lisboa y Copenhague, donde Pessoa y Kierkegaard escribieron una parte de su obra, hasta los de Odessa, en el mar Negro, y Palermo, en Sicilia, donde las trifulcas sobre política o religión sólo se interrumpen ante la llegada de delincuentes o miembros de la mafia. Europa -dice Steiner- es ante todo un café repleto de gentes y de palabras, donde se escribe poesía, se discute de filosofía y se mantiene una tertulia civilizada que vincula al Viejo Continente con la alta cultura. El café es un lugar para la cita, la conspiración y el debate intelectual y es también el refugio donde poetas, artistas y escritores pasan muchas horas absortos ante sus dibujos y cuadernos.

Los cafés europeos, de Madrid a Berlín, de Praga a Roma, son inseparables, por otra parte, de las grandes empresas culturales, artísticas y políticas de Occidente. Entre sus paredes y sobre sus mesas han nacido muchos de los sistemas filosóficos, los experimentos formales, las revoluciones ideológicas y las ideas estéticas que han caracterizado a Europa a lo largo del tiempo. En la Viena imperial, por ejemplo, tres cafés sirvieron, a finales del siglo XIX, como centros de economía política, de psicoanálisis y de filosofía. Quiénes, en aquella época, quisieran localizar a Freud, Musil o Carnap sabían exactamente dónde encontrarlos. Danton y Robespierre se reunían frecuentemente en el café Procope de París para intercambiar ideas y esbozar su proyecto revolucionario. Cuando, en 1914, se apagaron las luces en Europa y se desencadenó la I Guerra Mundial, Jean Jaurés, un destacado político francés, fue asesinado en un café y en un café de Génova Lenin concibió la dictadura del proletariado mientras jugaba al ajedrez con Trotski.

En Gran Bretaña, Irlanda y los países nórdicos hay bares, tabernas y “pubs” pero no cafés. No tienen mesas de ajedrez ni periódicos en las perchas a disposición de los clientes. En los Estados Unidos, excepto en Nueva Orleans, una ciudad con fuerte influencia francesa, tampoco hay cafés, sino bares. Los bares americanos desempeñan un papel esencial en la literatura y el eros norteamericanos. Louis Armstrong y Humphrey Bogart serían inentendibles sin los mismos y la historia del “jazz” es inseparable de ellos. Pero nadie ha escrito nunca un tratado de “fenomenología” en la mesa de un bar americano como hizo Jean-Paul Sartre en el café parisino “Les deux magots” (“Los dos gatos”). Mientras haya cafés -afirma Steiner- la idea de Europa tendrá sentido.

LOS CAMINOS DE EUROPA

La segunda seña de identidad europea es el paisaje amable, la geografía hecha a la medida del hombre. En Europa no existen grandes desiertos, selvas impenetrables ni llanuras estériles. El medio ambiente europeo ha sido siempre amigo del hombre, ha estimulado su sensibilidad e imaginación y ha facilitado la comunicación entre pueblos y culturas diferentes. El paisaje no ha aislado nunca a los europeos, los ha acercado. En

Europa, el viajero nunca parece estar lejos del campanario del próximo pueblo y cuando uno se sienta al abrigo de la torre de sus catedrales tiene la sensación de encontrarse como en su propia casa.

Por otra parte, algunos de los más importantes elementos del pensamiento europeo son, literalmente hablando, “pedestres”, es decir, se han concebido andando. El paseo diario de Kant por los alrededores de Königsberg, mientras daba forma a sus ideas, llegó a ser legendario. Rousseau esbozó las líneas básicas del “contrato social” mientras caminaba. Hölderlin preparó sus construcciones teóricas sobre la Belleza yendo a pie desde Westfalia a Burdeos. Wordsworth, el poeta inglés de las baladas líricas, compuso muchas de ellas desplazándose, a pie también, desde Calais hasta Berna y las obras de algunos de los más grandes músicos europeos (Schubert y Mahler, por ejemplo) aluden continuamente al caminante, al que va a pie. Este rasgo de identidad europeo ha sido subrayado con palabras emotivas por Walter Benjamín: en todas las alegorías y leyendas europeas el mendigo que llama a la puerta viene andando.

Que la historia de Europa es una historia de largas marchas lo demuestra mejor que ningún otro ejemplo el Camino de Santiago, paradigma de la fuerza del espíritu del hombre y de su resistencia frente al agnosticismo y el relativismo moral que se han instalado entre nosotros. Épicas fueron las expediciones de Alejandro, cuyas tropas llegaron desde Grecia hasta las fronteras de la India. La distancia recorrida por las divisiones de Napoleón, desde la Península Ibérica hasta el corazón de Rusia, desafía lo creíble y durante la II Guerra Mundial las fuerzas armadas alemanas desplazaron a pie numerosas unidades de combate desde el occidente francés hasta el Caúcaso. En su libro de memorias “Un regular en el siglo”, Julien Benda describe la historia de Europa en el siglo XX y lo hace concediendo el protagonismo a un soldado de infantería que atraviesa de parte a parte, a pie, el continente europeo. La realidad de Europa, las bellezas de Europa son, por todo ello, inseparables de la evocación de un tiempo y un lugar humanizados, es decir, hechos a la medida del hombre.

LOS NOMBRES DE LAS CALLES EUROPEAS

El tercer rasgo de identidad europeo es el de rotular las calles y plazas de las ciudades con los nombres de grandes estadistas, científicos, artistas y escritores del pasado, algo inconcebible en Norteamérica dónde las avenidas suelen designarse con números ordinales y las calles con números cardinales o con nombres de árboles, plantas y espacios naturales. En Europa, lo viejo y gastado por los siglos es un valor, en tanto que en los Estados Unidos toda la vida está proyectada hacia delante. Se dice, por ello, que Europa es el lugar de la “memoria” mientras que Norteamérica es el de la “utopía”.

En muchas ciudades españolas, los nombres de Cervantes, Quevedo, Góngora, Velázquez, Colón y Ochoa, entre otros, dan nombre a sus principales calles y avenidas. En París existen una rue Lamartine y una place Víctor Hugo y las callejuelas que rodean

la Sorbona llevan los nombres de la escolástica medieval. Descartes, Molière, Marie Curie, Sartre y el general De Gaulle tienen también asignadas sus calles o plazas. En Alemania, multitud de lugares públicos llevan los nombres de Goethe, Schiller, Humboldt, Mozart o Beethoven. A través de ellos, Europa rinde culto a la historia, la ciencia, la política, el arte y la cultura.

En la definición de Europa como “lugar de la memoria” existe un lado oscuro. A veces, los rótulos de las calles mencionan lugares de sufrimiento y sacrificio o hechos conmemorativos de asesinatos y crímenes individuales y colectivos, hasta el punto de que las listas de los muertos parecen, en ocasiones, superiores a las de los vivos. Este lado oscuro de la memoria es la razón que aduce Steiner para afirmar que los europeos estamos atrapados en una telaraña a la vez luminosa y siniestra. Es este dualismo lo que rechaza Norteamérica, en cuya sensibilidad y modo de vida sobresalen la aventura, el contrato con los horizontes abiertos y las ideas de amanecer y futuro.

ATENAS Y JERUSALEN

La cuarta credencial europea es su doble procedencia de Atenas y Jerusalén. Europa es el legado de la razón y de la fe, de los derechos humanos, de la tradición que insertó el humanismo en la vida, hizo posible la convivencia entre naciones antagónicas, abrió paso a la democracia y a la sociedad del conocimiento, introdujo el respeto a la ley y alumbró la mística, la espiritualidad y la santidad pero también la censura, el dogma, las cruzadas y las guerras de religión. Este doble origen, griego y judío, es el sustrato de la enorme tensión que precipitó a Europa, durante el siglo XX, en dos guerras monstruosas e impulsó al mismo tiempo la civilización, el progreso económico, las elecciones libres, el control político de los gobiernos, el respeto a las minorías y el desarrollo cultural y científico. Por el peso de esta tradición Europa está condenada a vivir intentando conciliar dos modelos de sociedad opuestos entre sí. A pesar de ello, los europeos hemos sido capaces de producir tres de las más altas manifestaciones de la inteligencia y el espíritu humanos: la música, las matemáticas y el pensamiento abstracto. Estas tres actividades son exclusivas de hombres y mujeres y están lo más cerca posible de la visión bíblica en virtud de la cual muchos de nosotros aceptamos la idea de que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Que mediante unos cuantos sonidos se pueda producir el milagro de los significados que nos transmiten las obras musicales de Bach o Beethoven es realmente asombroso. Por otro lado, aunque un pequeño número de centros no europeos (hindúes y árabes, sobre todo) haya hecho aportaciones vitales a las matemáticas, la epopeya de la conjetura y las hipótesis, la expresión mediante símbolos de las ideas (que para eso sirven las matemáticas) son de origen europeo. Y sobre dicha epopeya lo mejor que se puede decir es que las matemáticas puras, desde los postulados de Euclides a las ecuaciones diferenciales y desde los enunciados de Pitágoras al teorema de Gödel, representan, probablemente, el más importante capítulo del desarrollo intelectual humano. El teorema de Gödel o de la incompletitud, equiparable por su importancia a la

teoría de la relatividad, ha venido a introducir un nuevo principio de incertidumbre en matemáticas, filosofía y lógica formal y al demostrar que el conocimiento tiene límites que la razón no puede franquear nos ha hecho comprender que en la solución de los problemas que nos plantea la vida tan importante como la inteligencia es la intuición. El antiguo conflicto creer-saber ha adquirido, así, por influencia de las matemáticas, una dimensión inesperada. Si Voltaire y Laplace levantarán la cabeza no se lo creerían.

Del mismo modo, como empujada por un viento sostenido, la corriente soberana de la discusión y el análisis, especialmente en lógica y epistemología, ha venido fluyendo sin cesar hacia Europa, desde los presocráticos hasta Wittgenstein, Bergson y Heidegger y desde Plotino a Spinoza, Kant y Popper. Resultado de este flujo invisible ha sido la aparición entre nosotros del pensamiento especulativo, el desarrollo de la metafísica y la génesis de algunas de las obras más importantes de la cultura occidental: “Ser y tiempo”, “Crítica de la razón pura” y “La sociedad abierta y sus enemigos”, entre otras. A veces, las dignidades preeminentes precitadas se aproximan entre sí. Las matemáticas y la música se coaligan, en la filosofía se advierte una cierta cadencia axiomática y, como dijo Leibniz, cuando Dios monologa lo hace en álgebra. En todo caso, estas tres cimas del intelecto humano, la música, las matemáticas y el pensamiento abstracto, justifican la afirmación de Shelley de que “todos somos griegos”.

No es exagerado decir, por otra parte, que el destino de Europa, en igual medida que de Atenas, procede de Jerusalén. El monoteísmo, la definición del hombre como criatura divina, la dignidad humana inherente a dicha condición, la idea de la ley como algo inseparable del orden moral y la visión de la historia, no como una suma de acontecimientos aleatorios, sino como un tiempo orientado hacia un fin (la salvación), tienen su origen en la singularidad y la dispersión judías. Hoy, es un lugar común considerar que Marx, Freud y Einstein nos introdujeron en la modernidad. Sin embargo, la violenta política social de Marx y su visión mesiánica de la historia tienen como antecedente lejano las enseñanzas de Jeremías (impartidas hace ahora cuatro mil años), la extraña premisa de Freud de un crimen originario en la vida humana (matar al padre) ajusta estrechamente con la caída adánica y la confianza de Einstein en el orden cósmico (Dios no juega a los dados con la estructura del universo) está muy cerca de la promesa de los Salmos y de Maimónides.

Las relaciones entre Atenas y Jerusalén nunca han sido fáciles, El humanismo europeo, con Erasmo de Rotterdam y Michel de Montaigne a la cabeza, ha intentado siempre establecer algunas formas de transacción entre los ideales helenos y los hebraicos. Strauss ha subrayado recientemente que no es posible un entendimiento satisfactorio entre los postulados de la razón derivados de nuestra herencia griega y los de la fe y la revelación proclamados en la Torah. En la acera opuesta, Juan Pablo II ha defendido la tesis de que es posible que tal entendimiento se produzca algún día. El teorema de Gödel sugiere, en cambio, que lo mejor sería que los partidarios de una y otra opción firmen las tablas. De cualquier manera, mientras se resuelve la controversia,

parece claro que la historia de Europa es, en realidad, la historia de dos ciudades, la “ciudad de Sócrates” y “la ciudad de Isaías”, la del Partenón y el Gólgota.

RUINA Y FINAL

La quinta seña de identidad europea es la más inquietante de todas. Europa siempre ha creído que, tras alcanzar un cierto apogeo, desaparecerá. La teoría atómica, la relatividad, la mecánica cuántica, la fisión nuclear, el desarrollo de la astronomía, el psicoanálisis, la medicina experimental, las vacunas, los antibióticos, la prolongación de la vida humana y el descubrimiento de los rayos X, la radiactividad natural y artificial y la estructura del ADN, forman parte del esplendor europeo. En las últimas décadas, en cambio, Europa ha perdido fuelle, su participación en la carrera espacial, la revolución de las telecomunicaciones, el desarrollo de la biología molecular, la tecnología de los computadores y otras grandes aventuras científicas ha sido menor y su nivel de pensamiento, exceptuados Russell, Popper, Aron y Steiner, se ha debilitado grandemente. ¿Sugieren estos hechos que Europa está en declive? Mucho antes de que Paul Valery hablara de la “muerte de las civilizaciones” y Spengler y Unamuno profetizaran la “decadencia de Occidente”, esta convicción fatalista se había incrustado en la filosofía europea. En su “Teoría de la Historia”, Hegel afirma que Europa irá progresando hasta llegar a un tope luego del cuál sobrevendrán su ruina y final ¿Cómo rechazar esta premonición, se pregunta Steiner, ante lo sucedido en el siglo XX?

Entre 1914 y 1945, del Atlántico a los Urales, del Mediterráneo al Ártico, murieron en Europa unos 100 millones de seres humanos (100.000 por día durante 30 años) -muchos de ellos ancianos, mujeres y niños- como consecuencia de la guerra, el hambre, las deportaciones, la limpieza étnica y los campos de exterminio alemanes y soviéticos. Durante tan dilatado periodo de tiempo, Europa se convirtió en la casa de la muerte, en el escenario de una brutalidad sin precedentes. El sueño que el hombre moderno había concebido en el siglo XVIII, espoleado por el progreso de la Ilustración y los descubrimientos científicos, se rompió en mil pedazos con la visión de vagones atestados de niños camino de los crematorios y las cámaras de gas. Si somos honestos, hemos de ser capaces de comprender que la imagen de Dios pueda haberse evaporado, para muchos, con el humo de Auschwitz. Recientemente, el genocidio y la tortura han vuelto a los Balcanes, en forma de una auténtica guerra de religión entre croatas (católicos), serbios (ortodoxos) y bosnios (musulmanes). A la luz de estos hechos, la creencia en el final de Europa es, según Steiner, casi una obligación moral. ¿Con qué derecho habríamos de sobrevivir a tan tremenda inhumanidad?

Cinco axiomas, pues, para definir a Europa: los cafés, el paisaje a escala humana, los nombres de las calles y plazas, la doble ascendencia de Atenas y Jerusalén y, por último, esa hipótesis de crepúsculo hegeliano que ha ensombrecido su historia incluso en los mejores días. Y ahora ¿qué?

CONSTITUCIÓN EUROPEA Y DERECHOS HUMANOS

La realidad de Europa está entretejida con la historia del cristianismo occidental. El arte, la literatura, la arquitectura, la música y el pensamiento europeos están saturados de referencias y valores cristianos y el propio nacimiento del espíritu científico con Copérnico, Galileo y Newton tiene en el rigor lógico y el razonamiento sistemático del escolasticismo sus pilares fundamentales. Hoy, en cambio, lo hemos visto anteriormente, el cristianismo es una fuerza en retroceso. Ni siquiera en la propia Constitución de 2004 fue posible introducir el término “cristiano” para hacer referencia a los orígenes de Europa, una decisión para cuya justificación, en un acto deliberado de amnesia, hubo que borrar 15 siglos de filosofía occidental (desde Aristóteles hasta Descartes) de las fuentes históricas de la democracia europea contemporánea.

A pesar de que, en 1989, las comunidades cristianas de Europa central y oriental fueron decisivas para la derrota del comunismo y la creación de sociedades libres en sus territorios, o tal vez a causa de ello, la izquierda en general y los republicanos franceses en particular se opusieron tenazmente a que se reconociera públicamente el papel central del cristianismo en la génesis de la civilización europea sin más argumento que su simple convicción personal. El Estado, la gran creación política europea, se ha transformado así en una estructura de poder sin límites morales y los europeos hemos sido condenados a vivir en un mundo fragmentado, roto, sin vínculos con el pasado, materialista y burocratizado. Europa contra Europa. El Imperio y la Iglesia, como en la Edad Media, enfrentados nuevamente entre sí. En el libro de George Weigel “Europa y América. El cubo y la catedral” figuran las razones históricas, filosóficas, políticas e institucionales que explican la “cristianofobia” europea actual. Les recomiendo su lectura.

El proyecto democrático europeo no tiene, sin embargo, sus raíces más profundas en las teorías políticas de la Ilustración. Los fundamentos culturales de las ideas y sistemas de gobierno actuales se establecieron mucho antes en instituciones como las universidades medievales (plurales desde su origen), los monasterios benedictinos (cuyos superiores se eligieron desde muy tempranamente de forma democrática) y las peregrinaciones, en el curso de las cuáles hombres y mujeres procedentes de lugares múltiples de la Europa naciente, se encontraban y entendían como miembros de una empresa común de civilización. La Ilustración ha sido, sin duda, una de las claves de la historia europea, pero en el desarrollo de ésta la influencia de Tomás de Aquino no ha sido menor que la de Diderot, D’Alambert y otros enciclopedistas. De hecho, las ideas revolucionarias que estallaron en París en 1789 estaban ya presentes en Europa desde mucho tiempo antes.

Por fortuna, alguna gran voz suena, de vez en cuando, en sintonía con la verdad. Mario Vargas Llosa, en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura 2010 acaba de afirmar, recordando a Albert Camus y George Orwell, que la literatura, desprovista de moral, es inhumana. Si su alegato es cierto ¿cómo tendríamos que calificar entonces la vida humana si la privamos del sustrato ético que le proporcionan

el Decálogo o el Sermón de la Montaña (que los agnósticos rechazan al considerar que sus principios han sido impuestos por la fuerza en el mundo cristiano)? La negación de la verdad y del bien es el motor que impulsa el proceso implacable del laicismo radical y el primer paso para que los individuos cedan sus derechos al Estado. Ahora bien, argumenta Joseph Weyler, el mal es un accidente de la condición humana, no su principio, y lo que nos aleja de la servidumbre del relativismo, del Estado o de cualquier ideología excluyente es la libertad. Protegida por la verdad e impulsada por las cuatro virtudes cardinales, la libertad es el instrumento que nos permite a los seres humanos crear auténticas sociedades democráticas en las que los derechos de todos estén protegidos por la ley y por el compromiso moral de que somos nosotros mismos los que hemos hecho la ley. En nombre, pues, de la libertad, los derechos y la ley ¿tiene asegurado su futuro esa Europa culta y educada, descendiente de Atenas y Jerusalén, con la que estamos identificados muchos de nosotros?

Es difícil predecir qué pasará. Coincido, sin embargo, con Steiner al afirmar que la esperanza residual que nos queda a algunos es que si Europa se desprende de su lado oscuro acaso pueda encontrar en el fondo de su más positiva historia la fuerza suficiente para elaborar un nuevo humanismo y volver a ser la tierra de Miguel de Cervantes, Tomás Moro, Immanuel Kant, Albert Einstein, Alcide de Gasperi, Konrad Adenauer y otros grandes hombres a quienes tanto debemos. El papel de Europa en el mundo tiene que ver más con el intelecto y el espíritu que con el desarrollo económico, militar y tecnológico que persigue hoy la Unión Europea en abierta competencia con los Estados Unidos. Los tiempos del imperialismo, el absolutismo y la hegemonía política europea quedan lejos, como lejanos nos parecen también Carlomagno, Richelieu y Bismarck. Si Europa decide iniciar este camino las tareas por realizar serían análogas a las que promovieron el nacimiento de su cultura con el pensamiento griego y la moral hebrea como referentes fundamentales ¿Podremos alcanzar este sueño?

Aunque no pueda decirse que no, existen dificultades objetivas para ello. Tenemos, en primer lugar, una situación demográfica suicida (la mayor reducción sostenida de la población europea desde la peste negra del siglo XIV) que, de continuar, hará que disminuya la población autóctona de Europa en un 25% (90 millones) en los próximos 40 años. Y nos enfrentamos, en segundo lugar, con una variable hasta hace poco tiempo desconocida, la amenaza del terrorismo islámico, que Europa no quiere combatir con la fuerza de las armas en un intento de demostrar al mundo que es posible el objetivo de paz sin violencia preconizado por la filosofía kantiana. Europa es, en la actualidad, una sociedad envejecida que está siendo progresivamente colonizada por un número cada vez mayor de inmigrantes musulmanes propensos a la radicalización en nombre de su fe.

La avalancha es de tal magnitud que si no se crean las condiciones necesarias para que pueda producirse una cierta evolución de la doctrina social del Islam de manera tal que los musulmanes que viven o vengán a vivir a Europa acepten las

nociones de libertad, tolerancia y pluralismo que caracterizan a la democracia occidental y se integran en nuestras sociedades, una de dos, o capitulamos y nos rendimos ante ellos, como ocurrió en 1453, o nos defendemos de ellos como ya hicimos en Poitiers (732), Lepanto (1571), Viena (1683) y en la Península Ibérica (711-1492). ¿Ha pensado alguien en la posibilidad de que algún día un “muecín” llame a la oración desde un minarete erigido en Roma, en la plaza de San Pedro? Aunque esta hipótesis pueda parecer exagerada, no debemos olvidar que el mayor templo que haya tenido nunca la Cristiandad, la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, es, desde el siglo XV, una mezquita.

Finalmente, me gustaría decir unas palabras sobre los derechos humanos. En el siglo IV a.C., Zenón y sus discípulos plantearon en Grecia una cuestión revolucionaria: los seres humanos, por su carácter único, poseían unos derechos que no provenían de la etnia ni de la polis, sino de los dioses. Tales derechos, anteriores a la tribu y al Estado, no podían ser suprimidos por ninguna autoridad (puesto que no habían sido otorgados por ella) y eran iguales para todos. Cuando, siglos después, el cristianismo asumió el legado de los estoicos y abrió los brazos a todas las razas, las nacionalidades y las clases sociales, la regla de la igualdad se universalizó. Más tarde, dicho principio se colocó en el frontispicio de la revolución francesa y quedó consagrado como pilar básico de la sociedad occidental. La igualdad, pues, no es un concepto de raíz revolucionaria sino una idea griega, amplificada por el cristianismo e incorporada al mensaje de la Ilustración.

A finales del siglo XVII, John Locke retomó la cuestión de los derechos humanos y con su obra asentó la democracia liberal en Europa. Ni el Rey ni el Parlamento pueden legislar contra la libertad, el derecho a la vida y a la propiedad, decía Locke. De sus ideas surgieron la “carta de derechos” de los británicos, los límites a la autoridad real y los principios que inspiraron, cien años después, la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. El silogismo de Locke es impecable: sin la creencia en un Dios no es concebible la existencia de los derechos humanos y sin ellos las ideas de democracia y libertad no perduran. Occidente existe porque cree en tales derechos. El marxismo y el nazismo se negaron a reconocerlos y nos dejaron como herencia el Holocausto y el Gulag. Ojalá que la mezcla explosiva que forman el vacío demográfico europeo, el ateísmo y el fundamentalismo radical no estalle nunca y ojalá que la Europa post-cristiana encuentre en el análisis de su pasado los recursos necesarios para renovar su cultura, incrementar su población y sobrevivir a su creciente islamización.

Para concluir, me gustaría formular una propuesta apelando a la “esperanza infatigable” de Marguerite Yourcenar. Si es cierto que la importancia de los logros culturales de una comunidad depende de la altura de sus aspiraciones espirituales, Europa, la más importante de las civilizaciones conocidas, debería aceptar el desafío relativista y demostrar que existe una visión de la modernidad basada en principios

intemporales (la libertad, la verdad, la belleza, la bondad, la razón, el bien común). En esta hipótesis, la fe es fundamental. Entre fe y voluntad de futuro existe un vínculo indisoluble. Si queremos un futuro mejor para Europa con fe lo podemos conseguir. La creencia en nuestros semejantes, dice Popper, la fe en el hombre común desconocido – símbolo de nuestro tiempo- es lo que lleva a otros muchos hombres (los médicos sobre todo) a preocuparse por los demás y lo que puede hacer que nuestra época acabe siendo la mejor de las posibles. En última instancia, la democracia se basa en la convicción de que la persona humana posee una dignidad y unos derechos inalienables que, como dijo Locke, no se deben vulnerar.

CONCLUSIÓN

Termino ya. Todos los que me conocen saben que soy optimista. Sin embargo, al redactar estas líneas, mi optimismo no me impidió recordar la canción popular resumida por Federico García Lorca en cuatro versos: “a la vera del agua / sin que nadie la viera / se murió mi esperanza / quién la tuviera”. Mariana Pineda, sabiendo que iba a morir, la tuvo hasta el final: “esa canción está diciendo / lo que saber no quisiera / corazón sin esperanza / que se lo trague la tierra”. Esperanza a pesar de todo, esperanza en que Europa sobrevivirá, esperanza en un mundo mejor, eso es lo que necesitamos.

Aunque me gustaría seguir hablando de otros aspectos de la realidad europea, el tiempo es inextensible y he de finalizar. Si ustedes continúan el discurso y profundizan en el conocimiento de la misma me daré por satisfecho y habrá tenido sentido esta lección de Academia, leída una fría tarde de Enero de 2011 ante tan selecto auditorio. Gracias por su atención. He dicho.

